

LA EVOLUCIÓN DEL MERCADO: EL COMERCIO Y LA CIVILIZACIÓN*

F.A. HAYEK

“¿Cuánto vale una cosa? Lo que el mercado
esté dispuesto a pagar por ella.”

Samuel Butler

“Ou il y a du commerce, il y a des mœurs douces.”

Montesquieu

La expansión del orden hacia lo desconocido

Hemos hecho ya referencia a las circunstancias que promovieron la aparición de los órdenes sociales extensos, así como a las razones por las cuales dicho tipo de órdenes requieren, a la vez que generan, la propiedad plural, la libertad y la justicia. Analizaremos a continuación algunas otras cuestiones relacionadas con las anteriores, en particular los procesos que dieron lugar a la evolución del comercio y la especialización. Estas dos últimas realidades, que tanto contribuyeron a la expansión del orden social, fueron escasamente entendidas en los primeros estadios de la civilización. Esta incomprensión ha subsistido durante mucho tiempo, afectando incluso a muchos notables científicos y filósofos, ninguno de los cuales, por supuesto, logró jamás ordenarlas deliberadamente.

Las épocas históricas, las circunstancias y los procesos en cuestión nos llegan envueltos en las brumas del pasado, por lo que no resulta posible abordar sus detalles con seguridad y precisión. Algún nivel de especialización e intercambio debió existir ya en las pequeñas comunidades en las que la convivencia se basaba en

* *La fatal arrogancia*, Capítulo III, 4.^a ed., pp. 79-92, Unión Editorial, Madrid 2019.

el consenso de todos sus miembros. Un comercio embrionario quizá surgiera incluso entre los salvajes más primitivos que, siguiendo los flujos migratorios de determinadas especies animales, descubrirían la existencia de otros colectivos humanos. Aun cuando existen convincentes indicios arqueológicos de la práctica de un temprano comercio, tales testimonios, además de ser escasos, pueden fácilmente inducir a error. Los artículos objeto de dicho comercio serían seguramente fungibles, por lo que no han podido dejar rastro de su existencia. Las mercancías menos usuales que a algunos inducían a desprenderse de dichos bienes serían seguramente de carácter más duradero, dado que eran consideradas depósitos de valor. La ausencia de los materiales necesarios para la fabricación de ornamentos, armas y utensilios en los lugares en que han sido encontrados sugiere que aquéllos debieron ser objeto de intercambio mercantil. No podemos, evidentemente, descubrir prueba arqueológica del comercio de la sal, aunque de vez en cuando aparezcan restos de algunos de los artículos que se entregaban como contrapartida. No fue, sin embargo, el deseo de proveerse de artefactos de lujo, sino de cubrir las más elementales necesidades, lo que hizo de la actividad comercial una imprescindible institución de la que cada vez en mayor medida fueron dependiendo para su supervivencia más y más comunidades primitivas.

Dejando a un lado la cuestión de las cosas que se utilizarán en el intercambio, lo cierto es que el comercio data de los tiempos más remotos. El intercambio a lo largo de extensos trayectos —sobre la base de artículos acerca de cuya procedencia seguramente poco sabrían quienes intervenían en su comercio— es ciertamente anterior a cualquier otra relación intercomunitaria de las que la prehistoria haya dejado trazas. La moderna arqueología confirma que la actividad comercial supera en antigüedad a la agrícola, así como a cualquier otra modalidad productiva regular (Leakey, 1981:212). En el continente europeo hay indicios de comercio entre puntos muy alejados en la época paleolítica, es decir, hace casi 30.000 años (Herskovits, 1948, 1960). Ocho mil años atrás, Çatalhöyük en Anatolia y Jericó en Palestina se habían convertido en centros comerciales entre el Mar Negro y el Mar Rojo, incluso antes de que hubiera aparecido el comercio de la cerámica y los metales. Uno y

otro representan incipientes ejemplos de esos «dramáticos aumentos de población» a los que en ocasiones se alude mediante la expresión «revoluciones culturales». Con posterioridad, hay constancia de que «a finales del séptimo milenio antes de Cristo existía ya una red de rutas comerciales, tanto marítimas como terrestres, a través de las cuales la obsidiana se enviaba desde la isla de Melos hasta la tierra firme» de Asia Menor y Grecia (véase la introducción de S. Green a Childe, 1936/1981, así como Renfrew, 1973:29; cfr. también Renfrew, 1972:297-307). Hay también «pruebas de la existencia de extensas redes comerciales entre Beluchistán (Paquistán occidental) y determinadas regiones del continente asiático, incluso con anterioridad al año 3.200 a.C.» (Childe, 1936/1981:19). Por último, es sabido que la economía del Egipto predinástico descansaba firmemente en el intercambio mercantil (Pirenne, 1934).

La existencia de un importante comercio regular en tiempos de Homero queda reflejada en el episodio de la *Odisea* en el que Atenea visita a Telémaco bajo la apariencia de un capitán arribado con un cargamento de hierro para ser trocado por cobre. La gran expansión de la actividad comercial, generadora de la subsiguiente pujanza de la civilización clásica, tuvo lugar, según la ciencia arqueológica, incluso en los remotos tiempos de los que casi carecemos de documentación histórica, es decir, en los siglos situados entre los años 750 y 550 antes de Jesucristo. Dicha expansión mercantil parece haber dado lugar en aquella época a un notable incremento demográfico de los centros comerciales griegos y fenicios, que rivalizaron entre sí en el establecimiento de colonias, hasta el extremo de que al principio de la era clásica todos dependían vitalmente de una actividad mercantil regular.

No cabe, por lo tanto, dudar de la existencia de cierta actividad comercial aun en los más primitivos estadios de la historia, así como de su decisiva influencia en la gestación de órdenes más extensos. Tal proceso, sin embargo, solo lograría avanzar entre grandes dificultades e implicaría, sin duda, la ruptura de muchos lazos tribales. Una vez surgido, incluso, algún tipo de consenso sobre la conveniencia de respetar la propiedad plural, ciertas prácticas antes inimaginables debieron ser toleradas para que las comunidades llegaran a permitir que, en beneficio de gentes foráneas, y al objeto de subvenir necesidades solo parcialmente susceptibles

de identificación por parte de los propios comerciantes —por no aludir a la población en general—, se exportaran ciertos artículos apetecidos por la comunidad que, de otro modo, habrían sido dedicados a satisfacer determinadas necesidades locales. Por ejemplo, los navegantes de los incipientes centros comerciales griegos, que transportaban vasos de cerámica llenos de aceite o vino al Mar Negro, Egipto o Sicilia, para recibir grano a cambio, sustraían ciertamente del abastecimiento local unos recursos apetecidos por quienes habitaban ese más próximo entorno, y todo ello en beneficio de gentes de las que aquellas poblaciones casi nada sabían. Al permitirlo, los miembros del pequeño grupo tuvieron que abandonar sus propios esquemas para reorientarse hacia una nueva comprensión de un mundo en el que quedaba considerablemente reducida la importancia de su propio grupo. Como subraya Piggott en *Ancient Europe*, «los descubridores de nuevos recursos y los que posteriormente los aprovechaban, los comerciantes e intermediarios, los organizadores de navegaciones y caravanas comerciales, las concesiones y tratados, el concepto de la foraneidad, así como los diferentes hábitos vigentes en las diversas zonas geográficas, todo ello contribuyó a la ampliación de los entornos sociales exigida por el acceso de la humanidad a un nuevo nivel tecnológico..., a la edad de bronce» (Piggott, 1965:72). Y el citado autor, refiriéndose a la edad de bronce intermedia correspondiente al segundo milenio, afirma también que «la existencia de las redes de comunicaciones marítimas, fluviales y terrestres otorgó carácter internacional a gran parte de las manufacturas del cobre de aquella época. Idénticas técnicas y estilos se repiten a lo largo y ancho de Europa» (*ibidem*, 118).

¿Cuáles pudieron ser las prácticas que facilitaron estos nuevos esquemas y la aparición, no solo de una nueva manera de concebir la realidad, sino hasta de una especie de «internacionalización» (término que, desde luego, empleo anacrónicamente) de los estilos, las técnicas y las actitudes? Incluirían, ciertamente, la hospitalidad, así como el salvoconducto y seguridad personal del extranjero (véase el epígrafe siguiente). Los vagamente definidos territorios de la tribu hallaríanse desde tiempos muy remotos entrelazados por las relaciones comerciales establecidas entre individuos que se aventuraban a asumir esas nuevas prácticas, lo que

daría lugar, a la larga, a la aparición de los contactos mercantiles que, a grandes distancias, transmitirían una especie de «microelementos» propiciadores del comercio. Todo ello permitió la aparición de la civilización sedentaria en nuevos lugares y, consiguientemente, de la especialización, procesos que culminarían finalmente en las expansiones demográficas. Se inició, pues, una especie de reacción en cadena en virtud de la cual la incrementada densidad poblacional facilitaba el descubrimiento de nuevas oportunidades de especialización, lo que permitía una ulterior expansión de la división del trabajo, impulsora a su vez de nuevos aumentos de población y mayores niveles de vida y, por ende, de nuevos incrementos demográficos, y así sucesivamente.

El comercio hizo posible el aumento de la población

Esta «reacción en cadena» merece un examen más detallado por nuestra parte. Mientras que, por lo general, determinados animales viven adaptados a ciertos «nichos ambientales» que limitan estrictamente sus posibilidades de expansión (al no poder subsistir fácilmente fuera de los mismos), la especie humana —y un pequeño grupo de animales, como las ratas— ha sido capaz de adaptarse a casi cualquier lugar del planeta. Ello no es consecuencia de su capacidad de adaptación a nivel *individual*. Solo un reducido número de entornos locales hubiera podido suplir lo requerido para la fabricación de los utensilios que permitieran el acceso de la humanidad desde los estadios cazadores o recolectores a la civilización sedentaria, por no aludir a los que exige cualquier actividad agrícola. Sin el apoyo de compañeros de otras zonas, para la mayoría de los humanos habrían sido totalmente inhabitables, o habitables solo al precio de un gran esfuerzo, las zonas en que querían instalarse. Esos relativamente escasos nichos autosuficientes, intensamente defendidos contra la invasión de cualquier intruso, serían seguramente los primeros que en cada zona geográfica el hombre se aventurara a habitar de manera permanente. Poco a poco, sin embargo, llegaría a oídos de esos habitantes que ciertos espacios limítrofes eran también capaces de satisfacer casi todas sus necesidades, aunque tal vez carecían de algunas otras, por

ejemplo, de artículos tales como el pedernal, las fibras que precisaba la confección de las cuerdas de sus arcos, los adhesivos con los que unían los mangos a los instrumentos, el tanino con el que curtían las pieles u otros elementos por el estilo. En la confianza de que podrían en cualquier caso regresar a sus antiguos lares en busca de los mismos, esporádicamente se aventurarían algunos a abandonar sus anteriores entornos para instalarse en otros contiguos, y hasta se adentrarían en zonas aún más alejadas y poco pobladas que en modo alguno escaseaban en las amplias zonas continentales en las que discurría la existencia de aquellas gentes. No debe caerse en el error de valorar meramente en sus aspectos cuantitativos la importancia de tales desplazamientos; porque, por modesta que fuera su aportación al consumo de determinado entorno, de no haber dispuesto de las materias mencionadas, pocas posibilidades de supervivencia hubieran tenido las distintas poblaciones, por no hablar de las dificultades de multiplicarse.

Sus esporádicas visitas al antiguo hábitat no plantearían especiales problemas en tanto en cuanto los que en su día emigraron fueran todavía reconocidos por quienes prefirieron no marcharse. Con el transcurso del tiempo, sin embargo, sus descendientes empezarían a ser tenidos por extraños por los habitantes de las zonas más abastecidas, quienes se esforzarían por defender de mil maneras tanto la producción local como su privativo entorno. Por ello, y al objeto de contar con el beneplácito de la población, quienes intentaban proveerse de esas específicas materias que en otras zonas no podían obtener no dudarían en traer consigo, en prueba de amistad, ciertos presentes. Y para que tales artículos resultaran más apetecibles a sus antiguos colegas, procurarían que no se limitaran a satisfacer necesidades de tipo elemental, ya cubiertas por la producción local, sino que fueran capaces de satisfacer una demanda más refinada. En consecuencia, los artículos ofrecidos debieron ser, por lo general, «bienes de lujo», sin que ello quiera decir que los que se recibieran a cambio fueran de la misma clase.

El intercambio regular sobre la base del trueque de presentes surgiría, probablemente, entre los miembros integrantes de una misma familia, cuyas mutuas obligaciones de hospitalidad estarían seguramente enlazadas con rituales de tipo exogámico. Sería, sin duda, lenta la transición desde el intercambio de regalos entre

gentes interconectadas por lazos familiares a la aparición de instituciones de carácter más impersonal constituidas por intermediarios o agentes que, de manera regular, propiciarían tales contactos, gestionando en nombre de los interesados las adecuadas garantías de seguridad personal durante el tiempo requerido para adquirir lo que precisaban y para establecer los precios de los diferentes artículos en función de su escasez relativa. Oscilando estos entre el mínimo considerado aceptable por el ofertante y el máximo que haría inviable la operación, irían poco a poco estableciéndose todos los valores de mercado; e, inevitablemente, los precios tradicionales irían adaptándose a las nuevas circunstancias.

En cualquier caso, adviértese ya en la antigua Grecia la aparición de la importante figura del *xenos*, el anfitrión-amigo que garantizaba la seguridad del comerciante en territorio extraño. El intercambio mercantil surgiría inicialmente a nivel muy personal y solo poco a poco iría adquiriendo impulso, puesto que solo sería tolerado por los jefes-guerreros sobre la base de que se tratara de operaciones realizadas sin ánimo de lucro. Quienes ya tenían algo no solo serían, sin duda, quienes estarían en mejores condiciones de ofrecer hospitalidad a los familiares de otras zonas, sino que, al ir estableciéndose dichas relaciones, iría surgiendo sobre tales estamentos una clase más rica situada en los puntos neurálgicos de una red comercial capaz de satisfacer las necesidades más fundamentales. Los *xenos* de Pylos y Esparta, a los que Telémaco recurre en busca de información en relación con su padre, el «gran viajero Ulises» (*Odisea*, III), pertenecían probablemente a esa clase de agentes comerciales, algunos de los cuales, a través de la acumulación de recursos, llegaron a convertirse en reyes.

Tales mayores posibilidades de cooperación entre gentes foráneas contribuirían, sin duda, a acelerar el abandono de la solidaridad directa propia de la tribu, de la unanimidad en cuanto a los objetivos y, en general, de los planteamientos colectivistas que tan específicamente caracterizan a las agrupaciones primarias de reducida dimensión. En cualquier caso, determinados individuos llegarían así a liberarse de las restricciones al comportamiento impuestas por la pequeña comunidad y, en virtud de ello, lograrían establecer no solo un conjunto de nuevos núcleos de población, sino también las bases sobre las que posteriormente surgiría

una red de comunicaciones que permitiría a cualquiera acceder a las economías de muchas otras comunidades; red que, con sus innumerables ramificaciones y nuevos centros emisores de información, ha llegado finalmente a extenderse a todo el planeta. Los primitivos órdenes sociales permitieron, en definitiva, que ciertos individuos orientaran su inintencionado e inconsciente esfuerzo hacia el establecimiento de un orden más extenso y más complejo, cuya evolución desbordó en todo momento cualquier posible previsión tanto del propio actor como de sus contemporáneos.

Para crear este orden, diversos sujetos utilizaron cierta información situada tan solo a su alcance personal. No hubieran podido ciertamente hacerlo de no haber sido toleradas ciertas prácticas, tales como la de la existencia del *xenos*, personaje que, como queda dicho, se situaba al servicio del comerciante foráneo. De hecho, tales iniciativas podían diferir ampliamente en cuanto a los objetivos y estar basadas en informaciones de carácter meramente personal, todo lo cual favoreció, sin duda, el desarrollo de la iniciativa privada. Porque, en efecto, solo el individuo —nunca el grupo— pudo estar en condiciones de acceder a la intimidad del colectivo foráneo y situarse así en condiciones de descubrir aquella información que sus compañeros de tribu desconocían. El comercio no pudo basarse —insisto— en el conocimiento colectivo, sino exclusivamente en el individual: solo la progresiva aceptación de la propiedad plural pudo propiciar su aparición. Aunque los diversos navegantes y mercaderes estuvieran motivados, en cuanto a sus iniciativas, por el lucro personal, pronto la prosperidad, el mayor nivel de vida y el incremento demográfico aparecidos en los distintos grupos (ventajas facilitadas por aquellos innovadores que dedicaban sus esfuerzos al comercio y no a la producción local) fomentaron la ininterrumpida aparición de un amplio conjunto de nuevas oportunidades.

Para evitar cualquier falsa interpretación, quisiera recordar al lector, de inmediato, que solo secundariamente es importante dilucidar *por qué* la humanidad llegó a adoptar cambios o costumbres nuevas. Mayor trascendencia tiene advertir que, para que una costumbre o innovación llegue a arraigar, resulta necesario que concurra en ella una doble condición. En primer lugar, tendrán que darse las circunstancias que permitan que ciertas prácticas, cuya utilidad

por el momento nadie percibe ni valora, sean, de hecho, respetadas; y, en segundo lugar, deberán llegar a materializarse esas ventajas relativas que permiten al grupo en cuestión prevalecer sobre los restantes en razón de su superior capacidad demográfica.

El comercio es anterior al Estado

El que la especie humana haya logrado cubrir la mayor parte de la tierra con la densidad con que lo ha hecho, el que haya podido mantener a tanta población incluso en zonas geográficas apenas capaces de producir los elementos imprescindibles para su supervivencia, se debe a que la humanidad, como un colosal cuerpo en expansión, ha sido capaz de extenderse a las zonas más remotas y obtener de cada una de ellas los recursos necesarios para alimentar a todos. De hecho, no creo que transcurra mucho tiempo sin que hasta la Antártida se cuaje de mineros perceptores de buenos sueldos. Un observador que contemplase nuestro planeta desde algún punto del espacio quizá interpretara tal fenómeno —y las numerosas alteraciones ambientales que le acompañan— como un proceso de tipo orgánico. Pero no se trata de eso: tan grandiosa expansión es mera consecuencia de un comportamiento individual desarrollado, no por impulso de nuestras instintivas inclinaciones, sino por la asunción de los hábitos y pautas de comportamiento que de generación en generación hemos recibido.

Ni los comerciantes y sus colaboradores locales (cual aconteció también con sus primitivos predecesores) suelen conocer con detalle las necesidades concretas que satisfacen sus esfuerzos. Gran número de ellas, de hecho, ni siquiera se materializan hasta momentos situados tan en el futuro que nadie está en situación de valorarlas hoy ni siquiera de manera aproximada.

Cuanto más se profundiza en el estudio de la historia de los procesos económicos, más errónea aparece la tesis según la cual el establecimiento del poder político dotado de un alto nivel de organización marcó el inicio de la civilización. Mucho se exagera en torno al papel desempeñado por los gobernantes en el devenir histórico debido a que, obviamente, nos ha llegado mucha más información acerca de lo que ellos hicieron que de lo que la coordinada

actividad individual iba consiguiendo. Tal discriminado legado deriva de la naturaleza de los restos preservados —los escritos y monumentos, por ejemplo— y queda recogida en la anécdota (que espero sea apócrifa) de aquel arqueólogo que, de la constatación de que las más antiguas relaciones de precios de los diversos artículos estaban talladas en monolitos, llegó a la conclusión de que era siempre el gobernante quien los determinaba. No menos descabellada es, por otra parte, la afirmación de un conocido ensayo científico de que, puesto que con motivo de las excavaciones babilónicas no aparecieron entre las ruinas adecuados espacios abiertos, no pudo haber en tal civilización mercados regulares —¡como si en un clima tan cálido la gente fuera a reunirse al aire libre!

El proceso de extensión del comercio a nuevas áreas fue más entorpecido que facilitado por los poderes públicos. Los pueblos que otorgaron libertad de movimientos y seguridad al comerciante se vieron beneficiados por el hecho de acceder al aprovechamiento de una superior cantidad de información, gracias a su mayor densidad demográfica. Sin embargo, en cuanto sus gobernantes advirtieron la dependencia de sus vasallos respecto a la importación de determinados alimentos y artículos, se esforzaron por garantizar de algún modo la llegada de estos suministros. En los albores de la historia, fueron muchos los gobernantes que, advertidos por el propio proceso económico de la existencia de apetecibles recursos en tierras ajenas, se lanzaron a expediciones militares o esfuerzos colonizadores. No fueron las clases políticas atenienses las primeras ni tampoco, ciertamente, las últimas en intentar empresas semejantes. Sería absurdo concluir, sin embargo, como al parecer se inclinan a hacer ciertos autores modernos (véase Polanyi, 1945, 1977), que en los estadios históricos de mayor prosperidad y expansión demográfica de Atenas la actividad comercial estuviera «administrada» o regulada por los gobernantes a través de los oportunos tratados, o que los precios fueran fijados por la autoridad.

Mucho más probable parece que, con empecinada insistencia, los poderes públicos hayan proyectado su nefasta injerencia en la espontánea evolución cultural que, en muchas ocasiones, seguramente habrán incluso definitivamente abortado. Los gobiernos bizantinos del Imperio Romano de Oriente constituyen buen ejemplo (véase Rostovtzeff, 1930, y Einaudi, 1948). La historia de China, por su parte,

está cuajada de instancias en las que los órganos de poder han intentado establecer tan perfecta ordenación de la sociedad que toda innovación resultó imposible (Needham, 1954). Este país, mucho más adelantado científica y tecnológicamente que Europa (donde, por citar un ejemplo, ya en el siglo XII había diez pozos de petróleo en explotación en un solo tramo del río Po), debió su decadencia, pero no su anterior desarrollo, al poder manipulador de sus gobernantes. Lo que hizo que la muy avanzada civilización de China fuera sobrepasada por Europa fue la insistencia de sus gobernantes en controlarlo todo de manera tan exhaustiva que quedó abortada toda posible evolución, mientras que, como se observa en el último capítulo, Europa debe probablemente su extraordinaria expansión en la Edad Media a la anarquía política de aquella época (Baechler, 1975:77).

La ceguera de los filósofos

Tal vez pueda ilustrarse mejor lo poco que influyó la política deliberada del gobierno en la aparición de centros comerciales, especialmente en Atenas y más tarde en Corinto, y lo poco que se entendió cuál era la verdadera fuente de su prosperidad, si pensamos en la total incompreensión de Aristóteles del avanzado orden de mercado en que vivió. Aunque a veces se le cita como el primero de los economistas, lo que Aristóteles entendió por *oikonomia* era, en realidad, un intento de «orientar la actividad productiva de una unidad familiar o, a lo sumo, de una pequeña empresa o granja». Solo desprecio le merecieron los codiciosos esfuerzos del mercado, cuyo estudio denominó *chrematística*. Aun cuando la propia supervivencia de sus contemporáneos atenienses dependiera de la lejana importación de grano, el orden ideal nunca dejó de ser para él *autarkos*, es decir, autosuficiente. Y aunque dicho filósofo haya sido considerado también como biólogo, le fueron ajenas dos concepciones básicas relativas a la formación de las estructuras complejas, a saber, la evolución y la autoformación de un orden. Como ha dicho Ernst Mayr (1982:306), «la idea de que el universo pudiera tener como punto de partida un completo caos, o el supuesto de que los organismos complejos pudieran ser fruto de una evolución iniciada en otros más sencillos, en modo alguno forman parte del

pensamiento aristotélico». Dicho en otras palabras, Aristóteles nunca se planteó la posibilidad de que pudiera recurrirse a explicaciones de tipo evolutivo. Parece haber sido incapaz de interpretar «la natu-raleza» (o *physis*) como un proceso de crecimiento (véase Apéndice A), mostrándose igualmente ajeno a ciertas distinciones que, en lo que atañe a los órdenes, habían ya establecido los pensadores presocráticos, tales como las que distinguen entre un *kosmos* espontáneamente gestado y un orden deliberadamente establecido (por ejemplo, un ejército), tipo de orden que anteriores filósofos habían denominado *taxis* (véase Hayek, 1939:37). Para Aristóteles, todo orden de actividades humanas es *taxis*, es decir, resultado de la organización deliberada de la acción individual de una mente ordenadora. Como ya hemos visto (cap. I), Aristóteles declaró expresamente que el orden solo podía existir en espacios lo suficientemente pequeños para que todos pudieran oír la voz del heraldo, espacios, por lo común, fácilmente controlables (*eusynoptos*, *Politeia*: 1326b y 1327a). «Un colectivo excesivamente numeroso no puede participar en el orden» (1326a).

Para Aristóteles, solo las necesidades conocidas de la población existente daban sentido al esfuerzo productivo. Interpretaba la humanidad, e incluso la naturaleza, como si hubieran existido siempre en su forma actual. Esta concepción estática resultaba incompatible con cualquier planteamiento de tipo evolucionista, lo que impidió que Aristóteles llegara siquiera a plantearse el problema de la formación de las instituciones existentes. Al parecer, nunca llegó a pensar que muchas de las comunidades de entonces, y ciertamente la mayor parte de sus conciudadanos atenienses, ni siquiera habrían llegado a existir si sus antepasados se hubieran limitado a atender sus conocidas y presentes necesidades. Nada sospechó tampoco acerca de los procesos experimentales de adaptación a los cambios imprevistos mediante la asunción de normas abstractas que, en el caso de tener éxito, permiten aumentar su número y la formación de modelos estables de comportamiento. De este modo, introdujo Aristóteles principios éticos incapaces de reconocer la utilidad de esos esquemas que, transmitidos de generación en generación, se van poco a poco perfeccionando; unos principios que hacen que el análisis desde el punto de vista económico resulte inútil, ya que, de entrada, se niega la existencia de ese

conjunto de problemas que solo pueden abordarse a través de la asunción de normas generales.

Puesto que, en su opinión, solo son éticamente admisibles los comportamientos orientados a *facilitar algún beneficio a los demás*, la visión aristotélica no dudó en recusar cualquier comportamiento que solo beneficiara al propio actor. Ahora bien, proclamar que las cuestiones de tipo comercial debieran ser consideradas contrarias a la ética en modo alguno impidió que, a largo plazo, la propia existencia de la comunidad en que Aristóteles vivió dependiera del adecuado funcionamiento de un conjunto de mercados que ininterrumpidamente la abastecían de todo lo necesario. Porque, mucho antes de Aristóteles, la producción basada en el lucro que él consideraba «no acorde con la naturaleza» se había convertido ya en fundamento de un orden extenso capaz de desbordar el ámbito de las necesidades ya conocidas.

Como es sabido, a nivel social el lucro actúa como elemento orientador que asegura que el esfuerzo productivo tiene lugar según las modalidades que más conviene a todos; solo produciendo lo que es económicamente más rentable es posible, por lo general, alimentar al mayor número de gentes, al emplearse en tal supuesto un volumen menor de recursos de los que a la comunidad se aporta a través de la producción, fenómeno que ya advirtieron algunos griegos anteriores a Aristóteles. De hecho, en el siglo V, es decir, en época anterior a Aristóteles, el que fue primer historiador de Occidente iniciaba su relato de las guerras del Peloponeso reflexionando sobre cómo las gentes primitivas, «sin comercio, sin libertad de comunicación por mar o tierra, extrayendo del cultivo de su territorio tan solo el mínimo requerido para su supervivencia, eran incapaces de superar una existencia nómada». Consecuentemente, proseguía, «eran también incapaces de erigir grandes ciudades o de dejar otra prueba de su grandeza» (Tucídides, I,1,2). Aristóteles, sin embargo, ignoró tales intuiciones.

Si los atenienses hubieran seguido los consejos de Aristóteles —basados en un total desconocimiento de la economía y de la evolución—, pronto se habría convertido su ciudad en una simple aldea, pues la concepción aristotélica implicaba la asunción de una ética solo compatible con una comunidad estacionaria. Sus doctrinas, sin embargo, llegaron a dominar a todo el pensamiento filosófico y

religioso de los dos siguientes milenios, aun cuando, pese a ello, acabase estableciéndose en el mundo occidental un modelo de sociedad dotado de una gran capacidad de expansión y dinamismo.

Los efectos de la sistematización aristotélica de una ética del microorden fueron reforzados por la influencia que dicho filósofo ejerció sobre Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII, la cual dio lugar a que, más tarde, tal línea de pensamiento llegara a convertirse, de hecho, en la doctrina oficial de la Iglesia. La animadversión hacia la práctica del comercio, que ha prevalecido tanto en la Iglesia de entonces como en la de ahora, su condena del cobro de intereses —que antaño se equiparó con la usura—, su defensa del precio justo y su displicente tratamiento del beneficio son ideas impregnadas de pensamiento aristotélico.

Ahora bien, a lo largo del siglo XVIII, la influencia de Aristóteles iniciaba ya su declive. David Hume constató que el mercado permite «sin la incidencia de motivación altruista alguna, que la gente se vea inducida a subvenir las apetencias de otros» (D. Hume, 1739/1886: II, 289). Advirtió también que ello sucedía sin que los distintos actores siquiera tuvieran necesidad de conocerse; que cabía «propiciar el interés general sin que el propio actor se lo propusiera» (1739/1886:II, 296), y, en fin, que todo ello sucedía en virtud de la existencia de un orden «que garantiza la defensa del interés general aun en el supuesto de que la malevolencia inspire a los actores». Sobre la base de esas acertadas visiones, fue surgiendo la idea de la ordenación de la sociedad a través de estructuras que se autoorganizan, estableciéndose de este modo las bases de una más adecuada comprensión de esos complejos órdenes cuyo funcionamiento hasta entonces se había atribuido a la intervención de alguna versión sobrehumana de eso que denominamos mente. Gradualmente, fue advirtiéndose que el orden de mercado permite, dentro de evidentes límites, hacer uso del conocimiento personal para alcanzar los propios objetivos, sin que para ello tenga nadie que ser consciente de la mayor parte de los detalles del orden en que se desarrolla su propia actividad.

Pues bien, pese a todo ello, y como volviendo la espalda a esos grandes avances intelectuales, una visión animística, ingenua y elemental de la realidad (Piaget, 1929:359) —una vez más ornada de ribetes aristotélicos— surgió entre los estudiosos de las ciencias sociales y ha servido de fundamento del ideario socialista.